

A la Bella del Bosque Durmiente,
En el carro del Príncipe Azul!

Blanca flor! De tu cáliz risueño
La libélula errante del Sueño
Alza el vuelo veloz, blanca flor!
Primavera su palio levanta
Y hay un coro de alondras que canta
La canción matinal del amor.

SONETO

Para el Sr. D. Ramón del Valle-Inclán.

Este gran don Ramón, de las barbas de chivo,
Cuya sonrisa es la flor de su figura,
Parece un viejo dios, altanero y esquivo,
Que se animase en la frialdad de su escultura.

El cobre de sus ojos por instantes fulgura
Y da una llama roja tras un ramo de olivo.
Tengo la sensación de que siento y que vivo
A su lado una vida más intensa y más dura.

Este gran don Ramón del Valle-Inclán me in-
(quieta,

Y a través del zodíaco de mis versos actuales
Se me esfuma en radiosas visiones de poeta,

O se me rompe en un fracaso de cristales.
Yo le he visto arrancarse del pecho la saeta
Que le lanzan los siete pecados capitales.

INTERROGACIONES

—Abeja, qué sabes tú,
Toda de miel y oro antiguo?
Qué sabes, abeja helénica?
—Sé de Píndaro.

—León de hedionda melena,
Meditabundo león,
Sabes de Hércules acaso....?
—Sí. Y de Job.

—Víbora, mágica víbora,
Entre el zándalo y el loto
Has adorado a Cleopatra?
—Y a Petronio.....

—Rosa que en la cortesana
Fuiste sobre seda azul,
Amabas a Magdalena?....
—Y a Jesús....

—Tijera que destrozaste
De Sansón la cabellera,
¿Te atraía a tí Sansón?
—No. Su hembra....

—A quien amáis, —alba blanca,
Lino, espuma, flor de lis,
Estrellas puras, ¿a Abel?
—A Caín.

—Aguila que eres la Historia,
Dónde vas a hacer tu nido?
A los picos de la Gloria?....
—Sí. En los montes del olvido!

LA ROSA NINA

A Mademoiselle Margarita M. Guido

CRISTAL, ORO Y ROSA. ALBA
EN PALESTINA.

Salen los tres reyes de adorar al rey,
Flor de infancia llena de una luz divina
Que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltasar medita, mirando la estrella
Que guía en la altura. Gaspar sueña en
La visión sagrada. Melchor ve en aquella
Visión, la llegada de un mágico bien.
Las cabalgaduras sacuden los cuellos
Cubiertos de sedas y metales. Frío
Matinal refresca belfos de camellos
Húmedos de gracia, de azur y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
Van acompasando los plumajes flavos,
Los ágiles trotes de potros de Arabia
Y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
Cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
Del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
Y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
Portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para
El cortejo. ¿A causa? A causa de que
Una dulce niña de belleza rara
Surge ante los magos, toda ensueño y fe.

—¡Oh, Reyes! —les dice.— Yo soy una niña
Que oyó a los vecinos pastores cantar,
Y desde la próxima florida campiña
Miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
Que el mundo está lleno de gozo por él,
Y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
Que hace al sol más sol, y a la miel más miel.

Aun no llega el día.... ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo;
Con mis ojos puros la cuidaré bien.

Los magos quedaron silenciosos. Bella
De toda belleza, a Belén tornó
La estrella; y la niña, llevada por ella
Al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto a aquel infante,
En cuyas pupilas miró a Dios arder,
Se quedó pasmada, pálido el semblante,
Porque no tenía nada que ofrecer.

La Madre miraba su niño-lucero;
Las dos bestias buenas daban su calor;
Sonreía en Santo viejo carpintero;
Y la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales,
Perfumes en frascos de hechura oriental,
Insiensos en copas de finos metales,
Y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada . . .
 Ante la mirada del niño Jesús.
 (Felizmente que era su madrina una hada
 De Anatole France o el doctor Mardrús.)

¡Qué dar a ese niño, qué dar sino ella!
 ¿Qué dar a ese tierno, divino Señor?
 Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
 La de Baltasar, Gaspar y Melchor . . .

Mas a lós influjos del hada amorosa,
 Que supo el secreto de aquel corazón,
 Se fué convirtiendo poco a poco en rosa,
 En rosa más bella que las de Sarón.

La metamorfosis fué santa aquel día.
 (La sombra lejana de ovidio aplaudía),
 Pues la dulce niña ofreció al Señor,
 Que le agradecía y le sonreía,
 En la melodía de la Epifanía,
 Su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor.

ANTES DE TODO, ¡GLORIA

A TI, LEDA!

Antes de todo, ¡gloria a tí, Leda!
 Tu dulce vientre cubrió de seda
 El Dios. ¡Miel y oro sobre la brisa!
 Sonaban alternativamente
 Flauta y cristales, Pan y la fuente.
 ¡Tierra era canto, Cielo sonrisa!

Ante el celeste, supremo acto,
 Dioses y bestias hicieron pacto.
 Se dió a la alondra la luz del día,
 Se dió a los buhos sabiduría
 Y melodía al ruiseñor.
 A los leones fué la victoria,
 Para las águilas toda la gloria,
 Y a las palomas todo el amor.

Pero vosotros sois los divinos
 Príncipes. ¡Vagos como las naves,
 Inmaculados como los linos,
 Maravillosos como las aves!

En vuestros picos teneis las prendas
 Que manifiestan corales puros.
 Con vuestros pechos abris las sendas
 Que arriba indican los Dioscuros.

Las dignidades de vuestros actos,
 Eternizadas en lo infinito,
 Hacen que sean ritmos exactos,
 Voces de ensueños, luces del mito.

De orgullo olímpico sois el resumen,
 ¡Oh, blancas urnas de la armonía!
 ¡Ebúrneas joyas que anima un numen
 Con su celeste melancolía!

¡Melancolía de haber amado
 Junto a la fuente de la arboleda,
 El luminoso cuello estirado
 Entre los blancos muslos de Leda!

RECREACIONES ARQUEOLOGICAS

A Julio L. Jaimes.

FRISO

Cabe una fresca viña de Corinto
 Que verde techo presta al simulacro
 Del Dios viril, que artífice de Atenas
 En intacto pentélico labrara,
 Un día alegre, al deslumbrar el mundo
 La armonía del carro de la Aurora,
 Y en tanto que arrullaban sus ternezas
 Dos nevadas palomas venusinas
 Sobre rosal purpúreo y pintoresco,
 Como olímpica flor de gracia llena,
 Vi el bello rostro de la rubia Eunice.
 No más gallarda se encamina al templo
 Canéfora gentil, ni más riente
 Llega la musa a quien favor prodiga
 El divino Sminteo, que mi amada
 Al tender hacia mí sus tersos brazos.

Era la hora del supremo triunfo
 Concedido a mis lágrimas y ofrendas
 Por el poder de la celeste Cipris,
 Y era el ritmo potente de mi sangre
 Verso de fuego que al propicio numen
 Cantaba ardiente de la vida el himno.
 Cuando mi boca en los bermejos labios
 De mi princesa de cabellos de oro
 Licor bebía que afrentara el néctar,

Por el sendero de fragantes mirtos
 Que guía al blanco pórtico del templo,
 Súbitas voces nuestras ansias turban.

Lírica procesión al viento esparce
 Los cánticos rituales de Dionisio,
 El evohé de las triunfales fiestas,
 La algazara que enciende con su risa
 La impúber tropa de saltantes niños,
 Y el vivo són de músicas sonoras
 Que anima el coro de bacantes ebrias.
 En el concurso báquico el primero,
 Regando rosas y tejiendo danzas,
 Garrido infante, de Eros por hermoso
 Emulo y par, risueño aparecía.
 Y de él en pos las ménades ardiantes,
 Al aire el busto en que su pompa erigen
 Pomas ebúrneas; en la mano el sistro,
 Y las curvas caderas mal veladas
 Por las flotantes, desceñidas ropas,
 Alzaban sus cabezas que en consorcio
 Circundaban la flor de Citerea
 Y el pámpano fragante de las viñas.
 Aun me parece que mis ojos tornan
 Al cuadro lleno de color y fuerza:
 Dos robustos mancebos que los cabos
 de cadenas metálicas empuñan,
 Y cuyo porte y músculos de Ares
 Divinos dones son, pintada fiera
 Que felino pezón nutrió en Hircania,
 Con gesto heroico entre la turba rigen;
 Y otros dos un leopardo cuyo cuello
 Gracias de Flora ciñen y perfuman
 Y cuyos ojos en las anchas cuencas
 De furia henchidos sanguinosos giran.
 Pétalos y uvas el sendero alfombran,

Y desde el campo azul do el Sagitario
De coruscantes flechas resplandece,
Los urnas de la luz la tierra bañan.

Pasó el tropel. En la cercana selva
Lúgubre resonaba el grito de Atis,
Triste pavor de la inviolada ninfa.
Deslizaba su paso misterioso
El apacible coro de las Horas.
Eco volvía la acordada queja
De la flauta de Pan. Joven gallardo,
Más hermoso que Adónis y Narciso,
Con el aire gentil de los efebos
Y la lira en las manos, al bosque
Como lleno de luz se dirigía.
Amor pasó con su dorada antorcha,
Y no lejos del nido en que las aves,
Las dos aves de Cipris, sus arrullos
Cual tiernas rimas a los aires dieran,
Fuí más feliz que el luminoso cisne
Que vió de Leda la inmortal blancura,
Y Eunice pudo al templo de la diosa
Purpúrea ofrenda y tórtolas amables
Llevar el día en que mi regio triunfo
Vió el Dios viril en mármol cincelado
Cabe la fresca viña de Corinto.

ERA UN AIRE SUAVE

Era un aire suave, de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
E iban frases vagas y tenues suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes,
Diríase un trémolo de liras eolias
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba a un tiempo mismo para dos rivales,
El vizconde rubio de los desafíos
Y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
Reía en su máscara Término barbudo,
Y, como un efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,
Sobre rico zócalo al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlabo sus mágicas notas,
Un coro de sonos alados se oía;
Galantes pavanas, fugases gavotas
Cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros
 Ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia;
 Pues son su tesoro las flechas de Eros,
 El cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
 ¡Ay de quien del canto de su amor se fie!
 Con sus ojos lindos y su boca roja,
 La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
 Cuando mira vierte viva luz extraña:
 Se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
 El alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
 Ostenta su gloria de triunfos mundanos:
 La divina Eulalia, vestida de encajes,
 Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado harmónico de su risa fina
 A la alegre música de un pájaro iguala,
 Con los *staccati* de una bailarina
 Y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
 Bajo el ala a veces ocultando el pico;
 Que desdenes rudos lanza bajo el ala,
 Bajo el ala alevé del leve abanico!

Cuando a media noche sus notas arranque
 Y en arpegios áureos gima Filomela,
 Y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque,
 Como blanca góndola imprima su estela,

La marquesa alegre llegará al bosque,
 Bosque que cubre la amable glorieta

Donde han de estrecharla los brazos de un
 Que siendo su paje será su poeta. (paje,

Al compás de un canto de artista de Italia
 Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
 Junto a los rivales la divina Eulalia,
 La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,
 Sol con corte de astros, en campos de azur?
 ¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
 La regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
 Con dedos de ninfa, bailando el minué,
 Y de los compases el ritmo seguía
 Sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastoras de floridos valles
 Ornaban con cintas sus albos corderos,
 Y oían divinas Tirsis de Versalles,
 Las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
 De amantes princesas y tiernos galanes,
 Cuando entre sonrisas y perlas y flores
 Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?
 Yo el tiempo y el día y al país ignoro,
 Pero sé que Eulalia ríe todavía,
 ¡Y es cruel y eterna su risa de oro!

¡TORRES DE DIOS! ¡POETAS!

¡Torres de Dios! ¡Poetas!
 ¡Pararrayos celestes,
 Que resistís las duras tempestades,
 Como crestas escuetas,
 Como picos agrestes,
 Rompeolas de las eternidades!

La mágica Esperanza anuncia un día
 En que sobre la roca de armonía
 Expirará la pérfida sirena.
 ¡Esperad, esperemos todavía!

Esperad todavía.
 El bestial elemento se solaza
 En el odio a la sacra poesía
 Y se arroja baldón de raza a raza.
 La insurrección de abajo
 Tiende a los Excelentes.
 El caníval codicia su tasajo
 Con roja encía y afilados dientes.

Torres, poned al pabellón sonrisa.
 Poned ante ese mal y ese recelo,
 Una soberbia insinuación de brisa
 Y una tranquilidad de mar y cielo...

LETANIA DE NUESTRO SEÑOR

DON QUIJOTE.

A Navarro Ledesma.

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
 Que de fuerza alientas y de ensueño vistes,
 Coronado de áureo yelmo de ilusión;
 Que nadie ha podido vencer todavía,
 Por la adarga al brazo, toda fantasía,
 Y la lanza en riestre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
 Que santificaste todos los caminos
 Con el paso augusto de tu heroicidad,
 Contra las certezas, contra las conciencias
 Y contra las leyes y contra las ciencias,
 Contra la mentira, contra la verdad.....

Caballero errante de los caballeros,
 Barón de varones, príncipe de fieros,
 Par entre los pares, maestro, ¡salud!
 ¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes
 Entre los aplausos o entre los desdenes,
 Y entre las coronas y los parabienes
 Y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias
 Antiguas y para quien clásicas glorias
 Serían apenas de ley y razón,

Soportas elogios, memorias, discursos,
Resistes certámenes, tarjetas, concursos,
Y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,
A un enamorado de tu Clavileño,
Y cuyo Pegaso relincha hacia tí;
Escucha los versos de estas letanías,
Hechas con las cosas de todos los días
Y con otras que en lo misterioso ví.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
Con el alma a tientas, con la fe perdida,
Llenos de congojas y faltos de sol,
Por advenedizas almas de manga ancha,
Que ridiculizan el ser de la Mancha,
El ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
Las mágicas rosas, los sublimes ramos
De laurel! *Pro novis ora*, gran señor.
(Tiembla la floresta de laurel del mundo,
Y antes que tu hermano vago, Segismundo,
El pálido Hamlet te ofrese una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
Ruega, casto, puro, celeste, animoso;
Por nos intercede, suplica por nos,
Pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
Sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
Sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
De los superhombres de Nietzsche, de cantos
Afonos, recetas que firma un doctor,
De las epidemias de horribles blasfemias

De las Academias,
Líbranos, señor.

De rudos malsines,
Falsos paladines,
Y espíritus finos y blandos y ruines,
Del hampa que sacia
Su canalocracia
Con burlar la gloria, la vida, el honor,
Del puñal con gracia,
¡Líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
Que santificaste todos los caminos
Con el paso augusto de tu heroicidad,
Contra las certezas, contra las conciencias
Y contra las leyes y contra las ciencias,
Contra la mentira, contra la verdad

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,
Que de fuerza alientas y de ensueño vistes,
Coronado de áureo yermo de ilusión;
Que nadie ha podido vencer todavía,
Por la adarga al brazo, toda fantasía,
Y la lanza en riestro, toda corazón!

LOS MOTIVOS DEL LOBO

EL VARÓN QUE TIENE CORA-
ZÓN DE LIS,

Alma de querube, lengua celestial,
El mínimo y dulce Francisco de Asís,
Está con un rudo y torve animal,

Bestia temerosa, de sangre y de robo,
 Las fauces de furia, los ojos de mal:
 El lobo de Gubbia, el terrible lobo.
 Rabioso ha assolado los alrededores,
 Cruel ha deshecho todos los rebaños;
 Devoró corderos, devoró pastores,
 Y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
 Fueron destrozados. Los duros colmillos
 Dieron cuenta de los más bravos perros,
 Como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:
 Al lobo buscó
 En su madriguera.
 Cerca de la cueva encontró a la fiera
 Enorme, que al verle se lanzó feroz
 Contra el: Francisco, con su dulce voz,
 Alzando la mano,
 Al lobo furioso dijo:—*Paz, hermano*
Lobo! El animal
 Contempló al varón de tosco sayal;
 Dejó su aire arisco,
 Cerró las abiertas sauces agresivas,
 Y dijo:—*¡Está bien, hermano Francisco!*
¡Cómo! —exclamó el santo.— *¿Es ley que tú vivas*
De horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
Tu hocico diabólico, el duelo y espanto
Que esparces, el llanto

De los campesinos, el grito, el dolor
De tanta criatura de Nuestro Señor,
¿No han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?

Y el gran lobo, humilde:—*¡Es duro el invierno,*
Y es horrible el hambre! En el bosque helado
No hallé que comer; y busqué el ganado,
Y en veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo ví más de un cazador
Sobre su caballo, llevando el azor
Al puño; o correr tras el jabalí,
El oso y el ciervo; y más de uno ví
Mancharse de sangre, herir, torturar,
De las roncadas trompas al sordo clamor,
A los animales de Nuestro Señor.

Y no era por hambre, que iban a cazar.
 Francisco responde:—*En el hombre existe*
Mala levadura.

Cuando nace viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura.
Tu vas a tener
Desde hoy qué comer.

Dejarás en paz
Rebaños y gente en este país.

¡Que Dios melisque tu ser montaraz!

—*Está bien, hermano Francisco de Asís,*

—*Ante el Señor, que todo ata y desata,*

En fe de promesa tiéndeme la pata.
 El lobo tendió la pata al hermano
 De Asís, que a su vez le alargó la mano.
 Fueron a la aldea. La gente veía
 Y lo que miraba casi no creía.
 Tras el religioso iba el lobo fiero,
 Y, baja la testa, quieto le seguía
 Como un can de casa o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
 Y allí predicó.
 Y dijo:—*He aquí una amable caza.*
El hermano lobo se viene conmigo;
Me juró no ser ya nuestro enemigo,
Y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
A la pobre bestia de Dios.—¡Así sea!
 Contestó la gente toda de la aldea.
 Y luego, en señal
 De contentamiento
 Movié testa y cola el buen animal,
 Y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
 En el santo asilo.
 Sus bastas orejas los salmos oían
 Y los claros ojos se le humedecían.
 Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
 Cuando a la cocina iba con los legos.
 Y cuando Francisco su oración hacía,
 El lobo las pobres sandalias lamía.

Salía a la calle,
 Iba por el monte, descendía al valle,
 Entraba a las casas y le daban algo
 De comer. Mirábanle como a un manso galgo.
 Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
 Dulce, el lobo manso y bueno; el lobo probo,
 Desapareció, tornó a la montaña,
 Y recomenzaron su aullido y su saña.
 Otra vez sintióse el temor, la alarma,
 Entre los vecinos y entre los pastores;
 Colmaba el espanto los alrededores,
 De nada servían el valor y el arma,
 Pues la bestia fiera
 No dió treguas a su furor jamás,
 Como si tuviera
 Fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
 Todos los buscaron con quejas y llanto,
 Y con mil querellas dieron testimonio
 De lo que sufrían y perdían tanto
 Por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
 Se fué a la montaña
 A buscar al falso lobo carnicero.
 Y junto a su cueva halló a la alimaña.
 —*En nombre del padre del sacro universo,*
Conjúrote, dijo, ¡oh lobo perverso!
A que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
 Contesta. Te escucho.

Como en sorda lucha, habló el animal,
La boca espumosa y el ojo fatal:

—Hermano Francisco, no te acerques mucho

Yo estaba tranquilo allá, en el convento,

Al pueblo salía,

Y si algo me daban estaba contento

Y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas

Estaban la Envidia, la Saña, la Ira,

Y en todos los rostros ardían las brasas

De odio, de lujuria, de infamia y mentira.

Hermanos a hermanos hacían la guerra,

Perdían los débiles, ganaban los malos,

Hembra y macho eran como perro y perra,

Y un buen día todos me dieron de palos.

Me vieron humilde, lamía las manos

Y los pies. Seguía tus sagradas leyes,

Todas las criaturas eran mis hermanos,

Los hermanos hombres, los hermanos bueyes,

Hermanas estrellas y hermanos gusanos.

Y así, me apalearon y me echaron fuera,

Y su risa fué como un agua hirviente,

Y entre mis entrañas revivió la fiera,

Y me sentí lobo malo de repente:

Mas siempre mejor que esa malo gente.

Y recomencé a luchar aquí;

A me defender y a me alimentar,

Como el oso hace, como el jabalí,

Que para vivir tiene que matar.

Déjame en el monte, déjame en el risco,

Déjame existir en mi libertad,

Vete a tu convento, hermano Francisco,

Sigue tu camino y tu santidad.

El santo de Asís no le dijo nada.

Le miró con una profunda mirada,

Y partió con lágrimas y con desconsuelos

Y habló al Dios eterno de su corazón.

El viento del bosque llevó su oración,

Que era: Padre nuestro, que estás en los cielos..